

Lecturas de historias de la lectura

por José Luis de Diego
(Universidad Nacional de La Plata)

RESUMEN

Hacia fines de los años ochenta, dos reconocidos historiadores del libro y de la cultura impresa, Roger Chartier y Robert Darnton, postularon la necesidad de que los estudios sobre el libro y la edición derivaran hacia una historia de la lectura. Desde mediados de los noventa, la historia de la lectura fue encontrando sus fuentes, consolidando sus métodos y delineando su objeto. El presente trabajo despliega una serie de reseñas críticas sobre los principales aportes a la disciplina, un estado de la cuestión que va de las historias generales a los estudios de casos, como el español y el argentino.

Palabras clave: historia de la lectura - libro - edición - imprenta - prácticas culturales

Abstract

Towards the end of the 80s, two renowned historians of book and publishing culture, Roger Chartier and Robert Darnton, postulated that book and publishing studies should drift into a history of reading. Since the mid-90s, the history of reading has found its sources, consolidated its methods and specified its object. This article offers a series of critical reviews about the main contributions to the discipline, a state of the art extending from general histories to case studies, such as the Spanish and the Argentine cases.

Key words: history of reading –book –publishing –printing- cultural practices

1. Prolegómenos: Roger Chartier, Robert Darnton

Las disciplinas carecen de partida de nacimiento, y la historia de la lectura no es la excepción. Ante esa falta, suelen postularse fechas simbólicas de inicio. Se me ocurre una para la disciplina que nos ocupa. Roger Chartier dictó, en 1987, una conferencia en la American Antiquarian Society y la tituló: “Frenchness in the History of the Book: from the History of Publishing to the History of Reading”.¹ La fecha importa porque en 1986, sólo un año antes, se había publicado el cuarto y último tomo de la *Histoire de l'édition française*, que Chartier codirigió con Henri-Jean Martin.² Resulta evidente que el reconocido investigador francés nos está hablando de un logro y, a la vez, de limitaciones y de un proyecto. El logro es la monumental obra sobre la edición en Francia, que se reconoce continuadora del trabajo fundacional de Lucien Febvre y del propio Martin, *L'apparition du livre*, de 1958.³ Pero la conferencia también nos habla de limitaciones, con un sesgo autocrítico, observables en la tradición de estudios sobre el libro en Francia. Por un lado, en las pretensiones abusivas de la historia cuantitativa aplicada a objetos culturales, tal como se dio en las tendencias dominantes de cierta historia social. Por otro, en la supuesta especificidad francesa en la

¹ La conferencia fue publicada en *Archives et Bibliothèques de Belgique*, Tomo LX, pp. 161-189. En español se conoció con el título “De la historia del libro a la historia de la lectura”, y se incluyó como capítulo I de *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993.

² Los cuatro tomos se titularon: I- *Le livre conquérant. Du Moyen Age au milieu du XVII siècle* (1982); II- *Le livre triomphant, 1660-1830* (1984); III- *Le temps des éditeurs. Du romantisme à la Belle Époque* (1985); IV- *Le livre concurrent, 1900-1950* (1986).

³ Traducida al español por Agustín Millares Carlo y editada en México por U.T.E.H.A en 1962.



historia del libro; y no sólo en los estudios franceses sobre el libro, sino también en los estudios que toman a Francia como objeto exclusivo de análisis. En tercer lugar, en el desinterés mostrado por el objeto impreso; incluso las historias seriales y cuantitativas seguían tratando a los textos como una abstracción. Las conclusiones del giro autocrítico derivan en lo que llamamos el proyecto:

... unas dudas, aguijoneadas por las investigaciones llevadas a cabo fuera de Francia (...) que astillaban las certidumbres metodológicas demasiado bien ancladas, subrayaban las lagunas del saber constituido, llamaban a mirar los libros, y no sólo a contarlos o a clasificarlos, y, finalmente, planteaban la exigencia de una historia de la, o, mejor, de las lecturas como prolongación obligada de la historia del libro (1994: 20).

En suma: las limitaciones que se advierten en los estudios focalizados en el libro o en la edición sólo pueden subsanarse mediante la postulación de una nueva disciplina. Los fundamentos para la creación de esa disciplina derivan de hipótesis de trabajo que Chartier ha sostenido en diferentes y variados textos y que podrían sintetizarse en la fuerte tendencia a subrayar las continuidades y a mitigar las rupturas. Así, por ejemplo, la distancia polémica que sostiene con Elizabeth Eisenstein y su clásico libro *The Printing Press as an Agent of Change*;⁴ Chartier insiste en refutar el carácter “revolucionario” de la invención de la imprenta de tipos móviles ya que su efecto más evidente es de orden cuantitativo y de difusión, pero no altera sustancialmente ni el formato consolidado del *códice* ni las consecuentes prácticas de lectura. O en las puntuales referencias a casos de lectura silenciosa durante la Antigüedad, mediante las cuales atenúa el carácter de ruptura entre una práctica oral en voz alta, dominante en comunidades analfabetas o semialfabetizadas, y una práctica de lectura “mental”, como solía llamársela, propia de la modernidad:

La revolución del *leer* precede por tanto a las revoluciones del libro; a aquella que, al final de la Edad Media, hizo que el libro copiado a mano fuera sucedido por el libro compuesto en caracteres móviles e impreso en la prensa; y también a aquella que, en los inicios de nuestra era, sustituye el rollo por el *codex* (si se admite que la generalización del *codex* es muy posterior a la generalización de la lectura silenciosa aparecida en Grecia entre los siglos VI y V antes de Cristo) (1994: 25).

Estas certidumbres, entre otras, van orientando el programa de trabajo: las historias de la edición, que proliferan en distintos países, implican una superación de las historias del libro, limitadas, por lo general, al objeto material, y abren la puerta a una historia de la lectura. Lectura que no debe entenderse en tanto *experiencia* (de acuerdo con una larga tradición que va de la fenomenología a la estética de la recepción) sino como *práctica* cultural, y que no podrá limitarse, como en las historias de la edición, a las fronteras de un solo país, sino integrar tradiciones continentales. El proyecto tomará cuerpo, como es sabido,

⁴ Cambridge University Press, 1979. La primera edición fue de dos volúmenes, y fue reeditada en un solo volumen en 1981. En 1983 se publicó una versión abreviada con el título *The Printing Revolution in Early Modern Europe*. Se conoció en español como *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea* (Akal, 1994). En 1986, Eisenstein insiste en su posición en el artículo “Sobre la revolución y la palabra impresa”, en el volumen colectivo *Revolution in History*, editado por Roy Portery y Mikulas Teich (en español: *La revolución en la historia*. Barcelona, Crítica, 1990).

en la *Storia de la lettura nel mondo occidentale*, dirigida por el propio Chartier y Guglielmo Cavallo y editado por Laterza en 1995.⁵ Nos detendremos en esta obra más adelante.

En las reflexiones teóricas de Robert Darnton se advierte un itinerario semejante. Su conocido ensayo “¿Qué es la historia del libro?” fue publicado originalmente en la revista *Daedalus*, del verano de 1982.⁶ Allí Darnton describe la historia del libro como una “disciplina nueva”, cuyo campo de acción comprende “los libros desde la época de Gutenberg” (2010: 178), que cuenta con sus trabajos pioneros y que ya reconoce revistas específicas y centros de investigación destacados; propone, incluso, rebautizarla como “historia cultural y social de la comunicación impresa”. Añade que se asiste, por entonces, a una suerte de rebasamiento del objeto debido a la invasión de variadas “disciplinas suplementarias”, de manera que “ya es imposible apreciar su contorno original” (2010: 180). Luego de un largo rodeo por el siglo XVIII —podríamos decir por *su* siglo XVIII—, a manera de un ejemplo de las dificultades metodológicas que acarrea un objeto de tal complejidad, Darnton concluye: “En el circuito que siguen los libros, la lectura sigue siendo la etapa más difícil de investigar” (2010: 192). La descripción de las figuras más significativas en la circulación del libro se detiene en los autores, los editores, los impresores, los transportistas, los librerías; finalmente, arriba a los lectores, e insiste: “A pesar de la ingente literatura sobre psicología, fenomenología, sociología y los propios textos, la lectura sigue siendo un misterio” (2010: 200). Pero esa dificultad, ese misterio, implica, a la vez, un desafío; como ocurre en Chartier, Darnton deriva en la postulación de una hipotética historia de la lectura, sus posibilidades y los obstáculos metodológicos que deberá sortear. En este sentido, una de las innovaciones necesarias y decisivas implicará desplazarse desde el interés en los efectos que los textos provocan en los lectores hacia las libertades que esos lectores se toman con los textos; es decir, dejar de pensar a los lectores como sujetos pasivos, meros receptáculos de la fecundidad de los textos, para comenzar a estudiarlos en tanto activos operadores de significados; considerada así, la lectura no se limita a descifrar signos, sino a extraer sentido de los textos leídos. Dentro de ese programa, por el momento apenas esbozado, Darnton argumenta en igual dirección en que lo hará, según vimos, Roger Chartier: “Por su propia naturaleza, la historia de los libros debe ser internacional e interdisciplinaria” (2010: 204).

Cuatro años después, en 1986, Darnton retoma el proyecto en el artículo titulado “Primeros pasos hacia una historia de la lectura”,⁷ a partir de una certidumbre: “La lectura tiene su historia”, y de una pregunta “¿cómo podemos recuperarla?” (2003: 190). Esa pregunta se fragmenta en otras, que conllevan metodologías diferenciadas para su abordaje:

Pero los historiadores del libro han sacado ya a la luz una gran cantidad de información sobre la historia externa de la lectura. Tras haberla estudiado como un fenómeno social, son capaces de dar respuesta a muchas de las cuestiones

⁵ La *Storia...* se publicó traducida al francés en 1997 (Editions du Seuil) y un año después en español (Santillana-Taurus).

⁶ En español se lo encuentra en *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 117-146) y en *Las razones del libro. Futuro, presente, pasado* (Madrid, Trama editorial, 2010, pp. 177-204), con el título levemente modificado: “¿Cuál es la historia de los libros?”; cito por esta última edición.

⁷ En *Australian Journal of French Studies* N° 23, 1986. Traducido al español en *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural* (Cit., pp. 165-199). Existe una traducción anterior con el título “Historia de la lectura”, incluido en el libro *Formas de hacer Historia*, editado por Peter Burke; la primera edición en inglés es de 1992, un año después aparece la versión española en Alianza editorial (el artículo de Darnton, en pp. 189-220); cito por esta última edición.

sobre el “quién”, el “qué”, el “dónde” y el “cuándo” que pueden ser de gran ayuda para atacar los más difíciles “por qué” y “cómo” (2003: 192).

Darnton divide los aportes más destacados en dos grandes grupos: por un lado, los “macroanálisis”, que han suministrado datos sobre los hábitos de lectura, pero a menudo caen en generalizaciones poco satisfactorias; por otro, los “microanálisis”, que procuran focalizar en el estudio de casos que puedan resultar significativos para la comprensión del conjunto, pero que no siempre lo son. Una de las limitaciones más evidentes para este tipo de trabajos deriva de la complejidad de las fuentes: inventarios post-mortem, catálogos de subastas, registros notariales, nóminas de suscripciones, registros de existencias y préstamos en bibliotecas, etc.; a medida que se profundiza en cada una de estas fuentes, cualquier logro o descubrimiento suele estar rodeado de suspicacias y reticencias, de modo que resulta aventurado deducir, a partir de ellas, hipótesis generales. Y las dificultades crecen toda vez que se enfrentan las cuestiones más difíciles: el “por qué” y el “cómo”. En este sentido, Darnton propone cinco sugerencias para abordar el problema: 1) estudiar cómo representan la lectura “las obras de ficción, autobiografías, escritos polémicos, cartas, pinturas y obras impresas” (2003: 204); 2) analizar las formas en que se aprendía a leer, dentro y fuera del sistema escolarizado (por ejemplo, la relación entre lectura y escritura en el proceso de aprendizaje); 3) trabajar sobre los relatos autobiográficos mejor conocidos (menciona a san Agustín, santa Teresa de Ávila, Montaigne, Rousseau y Stendhal) y avanzar hacia fuentes menos conocidas; 4) visitar la teoría literaria, teniendo en cuenta que en muchas de las teorías dominantes “la lectura ha reaparecido como el hecho central de la literatura” (2003: 211); 5) estudiar los libros como objetos físicos, tarea que desarrolla la bibliografía analítica (y aquí Darnton destaca los trabajos de Donald McKenzie y de Roger Chartier).

En el año 2001, con el título *New Perspectives on Historical Writing*, se edita la segunda edición del libro que estamos comentando y, luego del trabajo de Darnton que acabamos de reseñar, se añade una adenda, escrita por Peter Burke, titulada “Nota sobre recientes historias de la lectura”. Allí, Burke se detiene en los aportes más relevantes en los diez años que van desde la primera edición de 1992 a la segunda de 2001. De esos aportes, me detendré en dos, por el interés que han despertado en el campo disciplinario y por la amplia difusión que han tenido en nuestra lengua. Por un lado, Burke afirma que “es notable un estudio general del escritor argentino Alberto Manguel”. Y un párrafo después, añade:

Para una panorámica del estado actual de esta especialidad, junto con la sugerencias pertinentes sobre futuras evoluciones, probablemente nada mejor que un proyecto internacional reciente, un informe de trece historiadores de este campo sobre la lectura en Occidente desde Grecia hasta la actualidad, en el que se testimonia nada menos que tres “revoluciones” de la lectura entre 1450 y 2000 (Darnton 2003: 218).

Burke se está refiriendo, claro está, a la ya referida *Historia de la lectura en el mundo occidental* (ver nota 5); en esos diez años, la disciplina se había terminado de consolidar.

2. Historias de la lectura

La *Historia...* dirigida por Chartier y Cavallo se conoció en español en 1998 y desde entonces se ha convertido en el más valioso y sistemático aporte a la disciplina que nos ocupa. Por esta razón, porque ha sido largamente reseñada, no abundaré en sus detalles; quiero, no

obstante, detenerme, vistos a quince años de distancia, en algunos de sus postulados más significativos. En primer lugar, allí se insiste en la ya corriente diferenciación entre texto y libro, entre texto y soporte material; diferentes pero no independientes, ya que el soporte incide, de un modo decisivo, en la divulgación, recepción y consumo de los textos. Los autores citan una frase de Roger Stoddard (que tanto le gusta citar a Chartier): “Hagan lo que hagan, los autores no escriben libros. Los libros no se escriben en absoluto. Los manufacturan los escribas y demás artesanos, los mecánicos y demás ingenieros, y por las prensas de imprimir y demás máquinas” (citado por Cavallo y Chartier 2011: 29). Y agregan: “Contra la representación elaborada por la propia literatura y recogida por la más cuantitativa de las historias del libro, según la cual el texto existe en sí, separado de toda materialidad, cabe recordar que no hay texto alguno fuera del soporte que permite leerlo (o escucharlo)” (*Ibid.*: 29). De esta manera, la historia de la lectura sólo puede pensarse como derivación, o como tributaria, de la historia del libro y la edición, ya que el soporte determina, o al menos condiciona, su recepción.

La *Historia...* se articula cronológicamente en sucesivos capítulos escritos por especialistas, esto es sabido; sin embargo, existen apuestas epistemológicamente fuertes que parecen vertebrar el conjunto.

Por un lado, las tres “revoluciones”: 1) El paso de la lectura “necesariamente oralizada” a la lectura “posiblemente silenciosa” (nótese la prudencia de los adverbios), al que, si bien caracterizan como un “corte capital”, se trata, más bien, de un proceso paulatino, de una *larga* revolución. En cualquier caso, estamos ante una transformación anterior a la imprenta de tipos móviles que, si bien arraiga “en la mutación que en los siglos XII y XIII transformó la función misma de lo escrito” (*Ibid.*: 51), sus raíces pueden rastrearse mucho antes, incluso en la antigüedad clásica; así, el primer capítulo de la *Historia...*, escrito por Jesper Svenbro, se titula “La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa”, como si desde la nominación misma de ese primer capítulo los directores tomaran posición firme en una cuestión contenciosa: la lectura en silencio no es, como se supo afirmar, una *consecuencia* de la imprenta; numerosos testimonios nos hablan de una práctica habitual a lo largo de los siglos. 2) La segunda revolución refiere, “según una tesis clásica”,⁸ el paso, en la segunda mitad del siglo XVIII, de una lectura “intensiva” (lectura en profundidad y repetida de pocos textos) a una “extensiva” (lectura salteada, y a menudo voraz, de muchos textos). Si bien en el texto pertinente, ya citado en nota al pie, Wittmann concluye en que es posible hablar de una verdadera revolución de la lectura hacia 1770 —con los casos ya emblemáticos de las novelas de Richardson, Rousseau o el joven Goethe—; dicha transformación no implica, sin embargo, confirmar la tesis de Engelsing, sino cuestionarla, dado que la lectura “sentimental” o “empática” no abandonó, sino que a menudo exacerbó, las modalidades de lectura “intensiva”. 3) La tercera revolución alude a la transmisión electrónica de los textos y a las mutaciones que sufre la lectura en el soporte pantalla; “lo que se halla totalmente transformado es todo el sistema de identificación y de manejo de los textos” (*Ibid.*: 54), y se asiste a “una reorganización completa de la ‘economía de la escritura’” (*Ibid.*: 55). Aunque el muy documentado trabajo de Armando Petrucci (“Leer por leer: un porvenir para la lectura”) sólo al final menciona los cambios en la actividad lectora, los directores del volumen insisten en su hipótesis: que esta última es en verdad una revolución sólo comparable con el paso del rollo al códice y que, por ende, el paso del códice al libro, por efecto de la imprenta, tuvo un

⁸ La tesis pertenece a Rolf Engelsing (*Analphabetentum und Lektüre*, Stuttgart, 1973) y se encuentra desarrollada, y parcialmente refutada, en el capítulo escrito por Reinhard Wittmann, “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”, pp. 354 y ss.

impacto mucho menor sobre las prácticas de lectura que el que otros autores —en especial Elizabeth Eisenstein (ver nota 4)— han sostenido.

Por otro lado, los tres “modelos” de lector: 1) El lector “humanista”, descrito y caracterizado en el trabajo de Anthony Grafton, recupera la tradición clásica y comienza a refutar a las *auctoritates* del mundo académico medieval, a partir de novedosas prácticas de lectura (la rueda de libros, el cuaderno de tópicos), en libros más pequeños que destierran la letra gótica y que resultan austeros y prácticos. Así, los nombres de Maquiavelo, Erasmo y Montaigne jalonan y ejemplifican un nuevo tipo de lectura, más crítica e independiente, de la herencia clásica y medieval y, en consecuencia, una diferente relación con el libro. 2) Según lo demuestra el trabajo de Jean-François Gilmont, la Reforma traerá consigo un nuevo modelo de lector y de lectura. Se ha considerado a la Reforma como una consecuencia de la imprenta; no porque la imprenta haya sido, en rigor, su *causa*, sino porque generó las condiciones de posibilidad para la amplia difusión de las ideas reformistas. Así, las traducciones de la Biblia a lenguas vernáculas durante las décadas de 1520 y 1530 —emblemáticamente, la traducción de Lutero al alemán— producen un doble efecto. Por un lado, “popularizan” cada vez más la palabra sagrada a través de la lengua escrita, en una sociedad que era mayoritariamente analfabeta, por lo que se requería de mediadores, predicadores *en voz alta*. Por otro, esa difusión incontrolada, no sólo de libros sino también de panfletos, sueltos y libelos, generaba el riesgo de nuevas y más radicales herejías, ante lo cual tanto católicos como protestantes establecieron rígidos sistemas de control sobre la edición y circulación de los impresos. 3) El tercer modelo de lector resulta de la generalización de la cultura básica, los procesos crecientes de alfabetización, la aparición de nuevas clases de lectores y la diversificación cada vez mayor de los impresos. En su trabajo sobre el siglo XIX (“Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros”), Martyn Lyons considera que esta serie de transformaciones implicó una gran dispersión de los modelos de lectura, una fragmentación y complejización de las prácticas: “en la década de 1890 se había alcanzado casi uniformemente un índice del 90% [de población alfabetizada], y la antigua discrepancia entre hombres y mujeres había desaparecido. Ésta fue la ‘edad de oro’ del libro en Occidente” (*Ibid.*: 387). Se amplía la educación primaria, se reduce la jornada laboral, se comienza a reconocer el estatus social e intelectual de la mujer: niños, obreros y mujeres integran, por tanto, esa nueva masa de público lector, ese “público desconocido” que será el aficionado —y a menudo el protagonista— de la llamada “literatura industrial”.

No sabemos, por último, qué lector estará modelando la “tercera revolución”, en la que la diversificación de las prácticas parece aun mayor... Algunas de las tesis de la *Historia...* de Cavallo y Chartier han sido corregidas o perfeccionadas a partir de trabajos particulares; no obstante, como empresa de conjunto se ha transformado en la bibliografía más visitada, y reconocida, sobre el tema que nos ocupa.

Ya dijimos que Martyn Lyons escribió, en la *Historia...* que hemos reseñado, el capítulo sobre el siglo XIX. En 2010, Lyons, profesor de la universidad de New South Wales (Sidney), dio a conocer el libro *A History of Reading and Writing in the Western World* (New York, Palgrave Macmillan), el que, con traducción de Julia Benseñor y Ana Moreno, se publicó en Buenos Aires en 2012.⁹ En una primera mirada al índice de la obra, advertimos el ordenamiento cronológico que corresponde a una historia; sin embargo, si tenemos en cuenta el célebre antecedente de la *Historia...* de Cavallo y Chartier, ahora estamos en presencia de

⁹ Hubiera sido más adecuado, en mi opinión, traducir el título de la obra de Lyons como *Una historia de la lectura...* El indeterminado inicial del título original connota cierta modestia que la traducción ha soslayado. No es lo mismo escribir ‘la’ *Historia de la lectura...* que ‘Una’ *historia de la lectura...* Alberto Manguel, según veremos, también opta por el indeterminado.

una historia *moderna*. En efecto, la cronología se inicia en el capítulo 2, que se ocupa del mundo antiguo y medieval, y allí se despacha, en 25 páginas, el período que en Cavallo y Chartier se desarrolla a lo largo de los seis extensos capítulos de Svenbro, Cavallo, Parkes, Hamesse, Saenger y Bonfil. Si bien Lyons también relativiza el carácter “revolucionario” de la invención de Gutenberg, se podría afirmar que lo nuclear de su libro comienza con la imprenta. El título del capítulo I da el *tono* de la empresa: “¿De qué trata la historia de la lectura y la escritura?”; la lectura del capítulo nos pone ante una manifestación de objetivos y algunas cuestiones de método, pero aun en los momentos más arduos se advierte la intención del autor por escribir una suerte de manual que vaya más allá del interés de los especialistas: lenguaje llano, comprensible, y poco aparato erudito. Allí se nos dice que la pretensión del título es engañosa porque estamos ante una historia de la lectura, y sólo subsidiaria o tangencialmente (de hecho, se limita a los dos capítulos finales) se detendrá en la escritura. “La historia de la lectura se ocupa de todos los factores determinantes de la recepción de textos. Se pregunta qué se leía en una sociedad dada, quién leía y cómo” (2012: 19). En esa dirección, toma distancia de la llamada Teoría de la Recepción de origen alemán (“me interesan menos los lectores implícitos o supuestos que los lectores reales” [*Ibid.*: 21]), y rescata el instrumental propio de la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu: “¿cuáles son las condiciones sociales que determinan el consumo y la apropiación de la cultura?” (*Ibid.*: 23).¹⁰ Sin embargo, no estamos ante un trabajo *bourdiano*, ya que la perspectiva disciplinaria es mucho más histórica que sociológica, y resulta en mayor medida tributaria de los estudios de historia del libro, la edición y la lectura que se inician en 1958, con Febvre y Martin, y que Lyons reseña, como antecedentes, para llegar a los trabajos de Robert Darnton, con quien procura dialogar productivamente. A partir de allí, el autor postula sus “Metas y objetivos”: 1) “encontrar al lector destinatario o al público deseado y reclamado por autor y editor” (*Ibid.*: 32); 2) la búsqueda del lector real y sus respuestas; 3) poner en contexto histórico el encuentro entre el lector y el texto; 4) demostrar la democratización de las prácticas de escritura en todas sus ramificaciones. La cronología general establecida por Lyons desde la invención de la imprenta no difiere demasiado de la que reseñamos en Cavallo y Chartier, y parece tomar como base ya firme la teoría de las “tres revoluciones” que se postula en el célebre antecedente. No obstante, y quizás como un modo de enfatizar el período que más y mejor conoce, Lyons postula una “cuarta revolución”: el siglo XIX, la industrialización del libro y el advenimiento de la cultura literaria de circulación masiva (tema que desarrolla en los capítulos 10, “La época de la lectura de masas”, y 11, “Nuevos lectores y nuevas culturas lectoras”). En su reseña sobre el libro, Ana Mosqueda ha observado con justeza que si bien el autor alude desde su título al *Western World*, “se ocupa en mayor medida de la cultura escrita en Europa —en especial Francia, Gran Bretaña, Alemania y España— y América del Norte”, “refleja el estado actual de las investigaciones y evidencia, por omisión, el menor desarrollo que estos estudios han tenido en América Latina”.¹¹ No obstante, no deja de ser significativo que un libro de gran relevancia disciplinaria como el que estamos comentando se haya traducido en Argentina, y haya sido publicado por una editorial emergente poco después de conocerse en lengua original.

¹⁰ Lyons cita el libro de Bourdieu de 1979 *La distinction. Critique sociale du jugement*. Bourdieu se refirió específicamente al tema de la lectura en dos textos breves posteriores: en una conferencia de 1981, “Lecturas, lectores, letrados, literatura” (en: *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 115-124); y en una conversación con Roger Chartier, “La lectura: una práctica cultural”, publicada en francés en 1985 (en: *El sentido social del gusto*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, pp. 253-269).

¹¹ Mosqueda, Ana (2011). “Reseña de: Martyn Lyons. *A History of Reading and Writing in the Western World*”. *Páginas de Guarda. Revista de lenguaje, edición y cultura escrita* N° 12, Buenos Aires, primavera, pp. 129-132.

Más arriba, mencioné una adenda que Peter Burke escribió hacia 2001 en la que afirma que “es notable un estudio general del escritor argentino Alberto Manguel”. Se refiere, claro está, a *Una historia de la lectura*. El libro se publicó originalmente en inglés en 1996¹² (Harper Collins/Penguin), se tradujo en 1998 (Alianza/Fundación Sánchez Ruipérez) y conoció varias ediciones en español.¹³ La obra de Manguel está organizada en dos partes, “Lecturas” y “Los poderes del lector”; antes de la primera, a manera de introducción, “La última página”; después de la segunda, a manera de epílogo, “El último pliego”. No se trata, en rigor, de una historia; es decir, el libro no responde a los requerimientos habituales de la disciplina (ordenamiento cronológico, aparato erudito, sistemas de demostración y prueba, etc.). Se trata, como afirma el autor, de *una* historia, la historia de él como lector, de cómo su propia experiencia de lector *es* histórica; así, se proyecta hacia atrás en las lecturas de otros, en un pasado que desde un par de tablillas de arcilla (“Toda nuestra historia comienza con esas dos modestas tablillas” [2011: 53]) hasta nuestros días encuentra en la lectura una experiencia decisiva en su constitución como sujeto y, por supuesto, como escritor. Se puede afirmar que la definición de *su* historia de la lectura es más bien *negativa*:

Su cronología no puede ser la de la historia política. (...) Tampoco puede ceñirse una historia de la lectura a la sucesión coherente que encontramos en la historia de la crítica literaria: (...) La historia de la lectura tampoco corresponde a las cronologías de las historias de la literatura... (*Ibid.*: 48-49).

Por tanto, el libro responde mejor a los requerimientos habituales del género ensayo, opinante y erudito, de escritura libre y a la vez sólidamente documentada. Cada capítulo se ocupa de algún aspecto de la lectura; por lo general, se parte de variados testimonios y se articulan con breves recorridos biográficos y algunas secuencias narrativas, semblanzas de autores emblemáticos (Petarca, Franz Kafka, Walt Whitman, Edith Wharton,...) e hipótesis imaginativas y aun ficcionales. A manera de ejemplo, pueden citarse, “La primera página ausente”, un estupendo ensayo sobre la lectura alegórica, que viaja desde los eruditos medievales hasta la obra de Kafka; “El libro de la memoria”, capítulo sobre la escritura, la memoria y los memoriosos guardianes de la tradición escrita, en una galería que incluye a Tomás de Aquino, Petarca y a aquel profesor asesinado en un campo de concentración que se había ofrecido como biblioteca viviente para conservar los clásicos; “Las formas del libro”, un minucioso itinerario por papiros y pergaminos, rollos y códices, libros, atriles y sofisticadas máquinas de leer; la evocación de Rilke en París, en “El traductor como lector”, traduciendo obsesivamente un poema del siglo XVI; “Lectura prohibida”, el ominoso recuento de las lecturas interdictas: el tribunal del Santo Oficio, las lecturas vedadas a los esclavos negros en los Estados Unidos, el discurso de Joseph Goebbels, el 10 de mayo de 1933 en Berlín, mientras se incineraban veinte mil libros, la patética prohibición del *Quijote* en 1981, en el Chile del general Pinochet. No resulta un dato menor la criteriosa selección de imágenes que ilustran el libro, ya que enriquecen significativamente el recorrido por el texto, como aquella bellísima foto tomada en una biblioteca destruida por un bombardeo en Londres, el 22 de octubre de 1940, y que el libro reproduce a doble página (*Ibid.*: 482-483). En suma, una “historia” que no es historia, pero que ha encontrado un lugar entre las “historias” por sus memorables hallazgos, su originalidad y la calidad de su escritura.

¹² Es interesante anotar, como dato contextual, que la *Storia...* de Cavallo y Chartier se publicó, como ya lo dijimos en la nota 5, en italiano en 1995 y en francés en 1997, de donde el libro de Manguel resulta coetáneo del naciente interés sobre el tema.

¹³ Entre otras, Bogotá, Norma, 1999; Barcelona, Lumen, 2005; Oaxaca, Almadía, 2011.

3. Historias de la lectura en España

En 2001, la editorial Marcial Pons de Madrid publicó *Historia de la edición en España (1836-1936)*, un volumen colectivo bajo la dirección de Jesús Martínez Martín, profesor de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense. La introducción, escrita por el director del volumen, postula un objeto de estudio complejo con una serie de implicancias que parecen ir en un camino inverso al que se observa, por ejemplo, en los textos de Chartier. Si en los ensayos del historiador francés las historias del libro y de la edición han desembocado en la historia de la lectura (del proyecto que compartió con Henri-Jean Martin entre 1982 y 1986 al que dirigió con Guglielmo Cavallo en 1995), como si esta última resultara la más abarcadora e inclusiva; Martínez Martín sostiene un argumento opuesto: “De esta forma, la historia de la edición, por encima de sus dimensiones técnicas y económicas, es también la historia de la lectura en sus dimensiones sociales y de práctica cultural” (2001: 12); de hecho, aunque la Cuarta Parte del volumen se ocupe de las prácticas de lectura, el término se ha omitido en el título del libro, enfocado en el concepto de “edición”. La obra se divide en cuatro partes; las dos primeras responden a una secuencia cronológica: “El siglo XIX: el tiempo de los editores” y “El siglo XX (1900-1936): el capitalismo de edición”; las dos segundas siguen un deslinde temático y los capítulos que las integran se aproximan a un formato monográfico: “Los géneros editoriales. La especialización editorial” y “La circulación de libros y las prácticas de lectura. Escuelas, bibliotecas y espacios públicos y privados”. Por su parte, el repertorio de autores que participan del volumen incluye a algunos especialistas que ya se habían destacado en sus campos disciplinarios, como el propio Martínez Martín, Jean-François Botrel o Antonio Viñao, y otros que obtendrían reconocimiento y visibilidad en textos posteriores, como la historiadora Ana Martínez Rus. De hecho, algunos de esos especialistas, como Botrel, no sólo ocupan un lugar central en el estado de la cuestión que traza el director, sino que también fueron convocados a escribir en la obra.¹⁴ Dicho estado de la cuestión resulta de interés dentro del panorama que estamos trazando. Martínez Martín rescata “los ricos debates y las aportaciones que sobre la historia del libro y de la lectura se vienen produciendo en la historiografía francesa, italiana y anglosajona” (*Ibid.*: 15). Y esos aportes se despliegan en el reconocimiento a las trayectorias de Chartier y Martin, de D. F. McKenzie, Carlo Guinzburg y Darnton, de Armando Petrucci y Jean-Yves Mollier; y concluye en que “La historia del libro y la lectura está dando sus primeros pasos en España” (*Ibid.*: 18). De entre esos “primeros pasos”, destaca la labor pionera de Botrel y Chartier; de Antonio Viñao en la historia de la lectura desde la educación formal, como parte de la historia de la pedagogía; de la historia descriptiva del libro y de las bibliotecas, en los trabajos de Hipólito Escolar y los aportes de las numerosas historias de la literatura. De modo que el libro procura articular esfuerzos previos, aislados y heterogéneos, y dotarlos de sistematicidad. Se trata, pues, de una historia de la edición y de la lectura “que vertebra distintas perspectivas de análisis en una visión multidisciplinar, que en su conjunto

¹⁴ Botrel, profesor de la Université de Rennes 2 Haute-Bretagne, acredita una obra profusa sobre el libro, la prensa y la lectura en España, con especial referencia al siglo XIX; desde mediados de los setenta, viene investigando sistemáticamente sobre el período. Su libro más difundido en español es *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX* (Madrid, Fundación Sánchez Ruipérez/Pirámide, 1993), además de sus ensayos sobre el realismo literario, en especial sobre *Clarín* y Galdós. En 2010 se conoció su último libro, *Los novelistas del Gran Realismo y sus libros* (Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes). En 2005, una universidad francesa publicó un libro en su homenaje: Jean-Michel Desvois (coord.) *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jean-François Botrel* (Université Michel de Montaigne Bordeaux 3), en el que participaron destacados especialistas españoles, como José Carlos Mainer y Pura Fernández, entre otros.

perfilan una visión integradora de la nueva historia cultural. La edición sería el elemento vertebrador...” (*Ibid.*: 20).

Como dijimos, la Cuarta Parte es la que se ha dedicado a la lectura. Antonio Viñao se refiere a la “querrela de los métodos”, a los intentos de modernización de las estrategias de enseñanza de la lectura que superaran el deletreo y el silabeo, y a los debates acerca de la prioridad de la enseñanza de la lectura sobre la escritura, o viceversa; a las modalidades de lectura en voz alta en la escuela; a las nuevas concepciones derivadas de la consideración de la lectura desde un punto de vista fisiológico, higienista y psicopedagógico. Sostiene que “El primer tercio del siglo XX es un período de innovaciones y cambios, en especial en los años 30”, pero “Una cosa eran las propuestas y otra la realidad” (*Ibid.*: 427). Ana Martínez Rus se ocupa de las estrechas relaciones entre las políticas de consolidación y difusión de las bibliotecas populares y públicas y la democratización creciente de las prácticas de lectura. Se detiene en las políticas de la II República a través del Patronato de Misiones Pedagógicas y de la Junta de Intercambio y Adquisiciones de Libros (JIAL),¹⁵ y en las progresivas reformas de la legislación que procuraron llevar libros de calidad a las regiones más apartadas; demuestra, en este sentido, que las políticas referidas tuvieron un efecto de expansión, por contigüidad y contagio, de los hábitos de lectura. La circulación de los libros y los espacios y prácticas de lectura son el tema de los capítulos a cargo de Martínez Martín. La primera parte, tributaria de las investigaciones de Botrel, se detiene en los espacios de oferta de libros, que van desde las librerías urbanas que atienden las demandas de una clase ilustrada de intelectuales y profesionales, hasta las librerías ambulantes de zonas rurales y los buhoneros que ofrecen pliegos de cordel a 5 céntimos. En la segunda, se ocupa de los espacios de sociabilidad que incluyen la lectura, como las tertulias, los gabinetes de lectura y las *sociedades de hablar*; además, por cierto, de las librerías, como la de Fernando Fe en Madrid, que fue uno de los lugares de reunión e intercambio de políticos, escritores y artistas. Por último, se centra en los trabajos de Chartier para preguntarse si con relación a las lecturas oral/silenciosa, y a las lecturas intensiva/extensiva, es lícito hablar de una “revolución de la lectura” en España, durante el siglo que el libro recorta.

El segundo aporte de gran envergadura se publicó en 2003 y se trata de otra empresa colectiva: la *Historia de la edición y de la lectura en España (1472-1914)*, con la dirección de Víctor Infantes, François López y Jean-François Botrel y editado por la Fundación Sánchez Ruipérez. Un libro en edición de lujo, con tapa dura y papel ilustración, con 71 colaboraciones, escritas por 45 colaboradores a lo largo de 680 páginas, que incluye reproducción de documentos escritos, archivos fotográficos y una completa y minuciosa bibliografía final. Como se advierte en el título, el recorte cronológico es mucho más amplio y ambicioso que el del libro que dirigió Martínez Martín en 2001, ya que en este caso se remonta hasta el siglo XV y abarca hasta los inicios del XX. Los contenidos están ordenados en tres partes: la primera va de 1472 a 1680 (dirigida por Víctor Infantes); la segunda, de 1680 a 1808 (dirigida por François López), y la tercera, de 1808 a 1914 (dirigida por Jean-François Botrel). En una “Preliminar”, los directores de la obra trazan, en primer lugar, una genealogía análoga a la esbozada por Chartier:

Gracias a estos progresos, efectuados en sectores muy diversificados donde han sabido recogerlos y utilizarlos los especialistas de la historia del libro, ha logrado

¹⁵ Los aportes originales de la autora sobre este tema fueron el objeto de su tesis doctoral, publicada dos años después: Martínez Rus, Ana (2003). *La política del libro durante la segunda república. Socialización de la lectura*, Gijón, Trea.

dicha ciencia ampliar su objeto que, en un principio, había tenido un carácter predominantemente bibliográfico y descriptivo, hasta hacerla desempeñar un papel fundamental en los estudios sobre la economía, la cultura, la sociedad. Reconociendo la importancia de esos amplios dominios, el económico sobre todo, pero también el social, ha logrado convertirse la historia del libro en la historia de la edición, sin perder de vista su más antiguo cometido (2003: 14).

Del libro a la edición, entonces, y de allí a la lectura: “Hace algo más de veinte años que se habla de la necesidad de dar como prolongación a las clásicas historias del libro una historia de la lectura que no atienda solamente a las obras leídas o propuestas al lector sino al acto intelectual de leer”;¹⁶ a esta iniciativa se consagra la obra y se solicita se reconozca “la utilidad y el carácter algo innovador de la doble perspectiva que [los autores] han adoptado” (*Ibid.*: 15). En segundo lugar, procuran justificar los cortes temporales propuestos: 1) la primera parte comienza con los últimos años del siglo XV, “en los albores de la imprenta hispana”, y se inicia en 1472 en consonancia con la edición del *Sinodal de Aguilafuente*; 2) respecto de la segunda parte, la elección de la primera fecha, 1680, “pretende llamar la atención sobre el período en que empezaron a introducirse la filosofía y la ciencia moderna en España, necesario preámbulo a la todavía lejana Ilustración” (*Ibid.*: 19); 3) la tercera parte coincide con el desarrollo de la prensa y la denominada segunda revolución del libro: mecanización de la fabricación del papel, crecimiento de la producción impresa, progresos en la alfabetización, aparición de nuevos lectores y de nuevos hábitos de lectura. Por último, los directores trazan los requisitos metodológicos que guiaron la empresa, “de un historia de la edición y la historia de la lectura bifronte, sin olvidar nunca la historia del libro y, en alguna medida, la de la prensa” (*Ibid.*: 20): una atención prioritaria a la base documental, la necesaria adopción de una perspectiva interdisciplinaria, la incorporación de innovadoras metodologías de análisis. La extensión de la obra y su complejidad exceden a las pretensiones de esta reseña; sin embargo, es posible advertir, en las tres partes, un itinerario argumentativo similar, que va desde las formas materiales de edición (más ligadas a la economía), de allí a los textos, sus géneros y su público, y de allí a los sujetos lectores y a las prácticas de lectura. En la primera parte, por ejemplo, dos lúcidos trabajos de Roger Chartier y de Margit Frenk sirven de apertura para monográficos sobre la lectura de formación, la lectura literaria, la lectura científica, la lectura espiritual y la lectura gráfica. En la segunda, la apertura está a cargo de un estudio heurístico de François López, al que se integran capítulos sobre oficios, profesiones y estados de los lectores, sobre el público de la prensa, sobre “los clásicos del pueblo”, sobre las nuevas propuestas para un público femenino, sobre la lectura y la juventud, todos ellos focalizados en el marco de “la cultura de la Ilustración”. En la tercera parte, el apartado sobre la lectura se abre con un par de trabajos de Antonio Viñao, y es seguido por dos capítulos integradores: “Los usos de la lectura” (lecturas instructivas y útiles, lectura de poesía, lectura de prosa y novela, el teatro y la música) y “Antiguos y nuevos lectores” (el público del libro y la prensa, niños, mujeres, trabajadores). El conjunto pone de manifiesto un notable esfuerzo de articulación teórica, heurística y metodológica que confluye en un resultado coherente, el que, con el tiempo, se ha transformado en el más sistemático aporte a los estudios del libro, la edición y la lectura en España.

Si bien hemos reseñado con algún detalle las dos obras de mayor aliento, consolidadas en estos años como referencias bibliográficas insoslayables; es menester agregar que la publicación de esas *Historias...* se dio en un contexto de creciente interés por la actividad

¹⁶ Digo “análoga a la esbozada por Chartier” porque va del libro a la edición y de ahí a la lectura; no obstante, seguramente Chartier no enfatizaría sobre “el acto intelectual de leer”, sino sobre las prácticas de lectura.

editorial en España, probablemente impulsado por la bonanza que vivía la industria. A manera de ejemplo, se pueden citar algunos libros que, sin ser historias en sentido estricto y sin ocuparse centralmente de la lectura, fueron encontrando un espacio de visibilidad y consolidando progresivamente los estudios sobre el libro y la edición, como *Tiempo de editores. Historia de la edición en España, 1939-1975* (Destino, 2002), de Xavier Moret; *Pasando página. Autores y editores en la España democrática* (Destino, 2003), de Sergio Vila-Sanjuán; *Conversaciones con editores en primera persona* (Fundación Sánchez Ruipérez, 2006); *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana* (FCE/Siruela, 2007), edición a cargo de Antonio Lago Carballo y Nicanor Gómez Villegas. Además, se asistió por aquellos años a una notable proliferación de libros de editores, testimoniales, memorialísticos, polémicos o meramente anecdóticos, como *Lo peor no son los autores* (1999) y *Banco de pruebas* (2000), de Mario Muchnik; las *Memorias* (publicadas completas en 2001), de Carlos Barral; *Opiniones mohicanas* (2001) y *El observatorio editorial* (2004), de Jorge Herralde; *La guerra de los planetas. Memorias de un editor* (2005), de Rafael Borràs Betriu; *Confesiones de una editora poco mentirosa* (2005), de Esther Tusquets, entre muchos otros. Vistos en conjunto, doce años después, difícilmente alguien podría seguir sosteniendo aquella afirmación de Martínez Martín, de 2001, de que España “está dando sus primeros pasos” en los estudios sobre el libro, la edición y la lectura.

4. Avances en Argentina

En oportunidad de publicar nuestro *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)* (Fondo de Cultura Económica, 2006) afirmamos que en aquel intento buscábamos sistematizar un conjunto de trabajos aislados, muchos de ellos excelentes, sobre el libro, la edición y la lectura en nuestro país (2006: XII-XIII). No voy a cometer la imprudencia de reseñar nuestro aporte, ni mucho menos adjetivarlo; sólo un par de comentarios: 1) aunque se trata de siete capítulos monográficos ordenados cronológicamente, deliberadamente no lo llamamos “historia”; preferimos la idea de sucesivos cortes sincrónicos, estados del campo, diríamos, que pusieran de manifiesto las políticas de edición y privilegiar dichos “estados” por encima de las líneas diacrónicas; 2) el libro no es ni pretendió ser una historia de la lectura (aunque se encuentren menciones marginales o datos documentales que hacen referencia a tendencias de lectura); se pensó y se escribió tomando como referencia, según dijimos, aportes nacionales y las historias de la edición que se habían publicado en otros países. Con respecto a la historia de la lectura, hubo que esperar algunos años más, hacia 2012, en que fueron apareciendo trabajos verdaderamente significativos.

En 2006 comenzó a editarse *Páginas de Guarda. Revista de lenguaje, edición y cultura escrita*, dirigida por María Marta García Negroni y motorizada por Ana Mosqueda y Andrea Estrada, docentes de la cátedra Corrección de Estilo (Carrera de Edición, Universidad de Buenos Aires). La revista combina temáticas heterogéneas: lenguaje y estilo, cuestiones técnicas e históricas de la edición, cultura escrita y novedades del mundo digital, con un buen nivel en las colaboraciones, con una interesante política de importación de artículos y con un impecable cuidado formal y de diseño. Lamentablemente, sólo se publicaron 12 números, hasta la primavera de 2011.¹⁷ En 2012, Mosqueda y Estrada acometen otra empresa de enorme valor: fundan Editoras del Calderón; sus dos primeros títulos pertenecen a la colección *Scripta manent*, dirigida por Antonio Castillo Gómez, profesor de la Universidad de Alcalá: la *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental*, de Martyn Lyons,

¹⁷ Los contenidos de la revista pueden consultarse en línea: www.paginasdeguarda.com.ar

que ya hemos reseñado, y la *Historia de la lectura en la Argentina. Del catecismo colonial a las netbooks estatales*, volumen dirigido por Héctor Rubén Cucuzza y codirigido por Roberta Paula Spregelburd. Este proyecto surge de la voluntad de reeditar un libro que, diez años antes, había dirigido el propio Cucuzza junto a Pablo Pineau para la editorial Miño y Dávila: *Para una historia de la enseñanza de la lectura y la escritura en Argentina. Del catecismo colonial a La razón de mi vida*. Según lo que explica el propio director del volumen, los ocho capítulos que siguen a la “Introducción” formaban parte de aquella edición de 2002; los ocho capítulos siguientes son nuevos. Los primeros ocho, entonces, ratifican, desde los títulos mismos, su relación estrecha con la “escuela”, lo “escolar” y sus variantes. Los nuevos se abren a otras perspectivas: historias indígenas, procesos de alfabetización, políticas editoriales, sociedad de la información y nuevos soportes. Quizá haya sido ésta la razón que justifica el cambio en el título: de “historia de la enseñanza de la lectura” a “historia de la lectura”, fundamentado ese cambio en la ampliación del objeto fuera de las fronteras del sistema educativo. Sin embargo, continúa siendo fuerte la relación de los objetos de estudio transitados en el libro con un paradigma interpretativo proveniente de las disciplinas pedagógicas y educativas. Afirmo Cucuzza en la “Introducción”:

La nueva presentación nos permite reafirmar que, aunque el encuadre teórico metodológico tiene resonancias que remiten a la historia social en general y, en especial, a los aportes de la reciente historia cultural en la historia del libro y la lectura, se encuentra decididamente instalado en una historia social de la educación que revisa su objeto de estudio (2012: 10).

Esta perspectiva se advierte no sólo en los contenidos manifiestos, sino también en las trayectorias académicas de los colaboradores: Carolina Tosi proviene de las Letras y la Lingüística; Cintia Mannocchi, de la Historia y las Ciencias Sociales; los once colaboradores restantes acreditan formación de grado o de posgrado en Educación (de hecho, cinco de ellos participan del programa HISTELEA, que dirige Cucuzza en la Universidad Nacional de Luján). Ahora bien, parece innecesario aclarar que lo dicho no implica demérito alguno hacia la obra reseñada; muchos de sus capítulos son de indudable interés para una historia de la lectura en Argentina. Lo que queremos decir es que la mayoría de los trabajos anclan en una tradición disciplinaria que no resulta dominante en las historias de la lectura hasta aquí comentadas y reafirman, en la solidez de sus argumentaciones, el carácter interdisciplinario constitutivo y característico de las historias de la lectura.

Otro de los notables aportes del año 2012 también proviene de una disciplina que suele tener un peso institucional menor y a menudo, lamentablemente, marginal. Me refiero al libro de Alejandro Parada *El dédalo y su oville. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina*, publicado por el Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas de la UBA. Se trata de una recopilación de textos de diversa procedencia escritos por uno de los máximos referentes en la historia del libro y las bibliotecas —y del campo disciplinario de la bibliotecología y las ciencias de la información— en nuestro país. En el prólogo al libro, Susana Romanos advierte con lucidez que el libro que está presentando tiene un carácter que podríamos llamar *militante*; y la prologuista se suma decididamente a esa pelea:

... no debería llamarnos la atención, en un libro que dedica sus ensayos a la Historia de la Lectura, del Libro y de las Bibliotecas, que su autor interpele a los bibliotecólogos sobre la necesidad de historiar y de esbozar planes para paliar tanta ignorancia respecto de esos temas en Argentina;

y se lamenta que “esos temas” hayan estado ausentes

en el área de la Bibliotecología en los años postreros del siglo pasado, cuando la faceta técnica, pragmática e ingenua, de la mano de la implantación acrítica de ciertos procesos de informatización en las bibliotecas, barrió con la reflexión teórica, con la investigación histórica y con la profundización de los aspectos más humanos involucrados en la relación de las personas con el mundo de la información, de la cultura, de la construcción subjetiva del conocimiento y del placer de apropiarse de los universos creativos de “los inventores de fábulas” (2012: 11).

Buena parte de los ensayos reunidos en el libro tiene ese objetivo explícito de *restauración*: devolverle a la bibliotecología una dimensión teórica e histórica que ha perdido, al menos en nuestro país, pero, digamos, en otro punto de la espiral, *aggiornada* gracias al impulso de la nueva historia cultural en sus múltiples variantes y en sus numerosas posibilidades. Así lo plantea Parada: si todos los saberes “han sido atravesados por los estudios culturales, sin sufrir por ello menoscabo alguno; por el contrario, se han visto beneficiados con un renovador enriquecimiento. La pregunta es obvia: ¿por qué la Bibliotecología moderna no puede usufructuar de estos beneficios? (*Ibid.*: 25). El libro está ordenado en cuatro partes; la primera está integrada por los artículos más teóricos: allí el autor rescata la posición de Chartier en el sentido de derivar desde la historia del libro y las bibliotecas hacia una historia de la lectura, la que, desde el punto de vista teórico y metodológico, resultaría más inclusiva;¹⁸ la segunda y la tercera son las más identificables con la historia de las bibliotecas, en este caso, las bibliotecas públicas en Argentina. A los fines de nuestro tema, el libro alcanza su mayor interés en los dos trabajos que forman la cuarta parte. Por un lado, el lúcido análisis de un *Diario*, escrito por un joven Bartolomé Mitre en Montevideo entre septiembre de 1843 y febrero de 1846. Se trata de un texto que Mitre nunca pensó en publicar y que consiste en un registro comentado de sus lecturas. La interpretación de ese singular documento representa para Parada un desafío teórico, en la medida en que es menester leerlo desde la actualización disciplinaria del presente: “Al revisar el *Diario* podemos responder varias de las preguntas que sobre los hábitos lectores se hacen hoy día los principales historiadores de la lectura” (*Ibid.*: 239). Por otro, en “Cuando ellas dicen presente”, se exhibe una recopilación de imágenes de mujeres en situación de lectura o escritura, tomadas de la revista *Fray Mocho* (1912-1918); las imágenes le permiten a Parada trazar una serie de “tipologías lectoras” o figuras de lectura (lectura ociosa, lectura sensual, lectura asistencial, etc.); esto es, reconstruir un universo de sentido *para* la lectura femenina en las primeras décadas del siglo XX. Así, esta cuarta parte del libro se manifiesta como la más claramente integrada a las perspectivas propias de la historia de la lectura.

Durante los días 31 de octubre, 1 y 2 de noviembre de 2012, se realizó en La Plata el Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición, un evento particularmente significativo para nuestro tema, del que me tocó ser anfitrión.¹⁹ Si bien el Coloquio no estaba orientado hacia la historia de la lectura, dos mesas se ocuparon, aunque lateralmente, del

¹⁸ Me refiero a “Una relectura del encuentro entre la Historia del Libro y la Historia de la Lectura”, un artículo que había sido publicado con anterioridad en el último número de *Páginas de Guarda*, en 2011.

¹⁹ El Coloquio tuvo una dirección colectiva: José Luis de Diego (UNLP), Leandro de Sagastizábal (UBA), Alejandro Dujovne (IDES), Margarita Pierini (UNQuilmes), Gustavo Sorá (Programa CeMiCi-UNCórdoba), Horacio Tarcus (CeDInCI) y Ana Wortman (IIGG-UBA).

problema.²⁰ En una de ellas (“Teoría e historia”), Alejandro Parada dio cuenta de los principales aportes teóricos y líneas de investigación en el campo de la historia de la lectura; Juan Pablo Laporte indagó acerca de las relaciones entre la materialidad del impreso y las formas de leer, por un lado, y la política, liberada de la secular relación con la función representativa; Beatriz Valinoti revisó una serie de tradiciones teóricas e historiográficas y las polémicas en torno al objeto de estudio para centrarse en la llamada historia de la cultura escrita, como un modo de empezar a dar forma a una historia de la lectura en tanto prácticas y representaciones que se manifiestan a través de la cultura escrita. En la segunda de las mesas (“Lectura, libros y consumo: una perspectiva sociológica”), Ana Wortman trabajó sobre el lector, la lectura y los libros, a partir de encuestas sobre hábitos de lectura y sobre consumo cultural, y focalizó en la resignificación, en el presente, de los hábitos propios del consumo cultural de las clases medias, como el cine y los libros; Alejandra Ravetino se ocupó de la relación que los jóvenes adultos tienen con los libros durante el tiempo libre, según los hábitos de lectura y el gusto literario, en particular con la lectura no funcional, aquella que no persigue un fin utilitario o instrumental. Seguramente la continuidad de eventos como el que estamos comentando fortalecerá la presencia institucional en el país de las temáticas relacionadas con el libro, la edición y la lectura.

5. Notas sobre otras lecturas

Por razones de espacio, debo cerrar aquí el panorama disciplinario. Sin embargo, no quiero dejar de mencionar algunos aportes muy significativos, aunque sea a manera de notas al paso:

1) Al comienzo de este trabajo hablábamos de la complejidad y la diversidad de las fuentes con que suelen trabajar los historiadores de la lectura; entre ellas, la literatura misma, es decir, la lectura y los lectores *en la literatura*. En esta dirección, hay que mencionar el estupendo libro de Nora Catelli, *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna* (Barcelona, Alfaguara, 2001; XXIX Premio Anagrama de Ensayo); *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, de Susana Zanetti (Rosario, Beatriz Viterbo, 2002)²¹ y, en un registro menos académico, *El último lector*, de Ricardo Piglia (Barcelona, Anagrama, 2005).

2) La perspectiva de historia de la lectura y de los lectores que han adoptado algunos trabajos sobre el siglo XIX argentino, en la línea abierta por Adolfo Prieto; sólo un par de notables ejemplos: *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*, de Graciela Batticuore (Buenos Aires, Edhasa, 2005)²² y *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*, de Fabio Esposito (La Plata, Al Margen, 2009).

3) Aunque no he incluido en este panorama al ámbito latinoamericano, no puedo dejar de mencionar el *dossier* que Susana Zanetti dirigió para el N° 18 de la revista *Orbis Tertius*, titulado “El libro, la lectura y los lectores en América Latina. Algunos aportes”, que incluye

²⁰ Las Actas del Coloquio en: <http://coloquiolibroyedicion.fahce.unlp.edu.ar/actas>

²¹ Afirma Zanetti: “Si bien el análisis de testamentos, listas de suscriptores y los catálogos o los avisos de las librerías, el inventario de bibliotecas, sumados a los datos sobre alfabetización y escolarización tanto como a los provenientes de la industria del impreso, organizan un panorama de la historia de la lectura, las ficcionalizaciones de esta última son también una posibilidad de acceso y están en la base de mi trabajo” (2002: 11).

²² Batticuore escribió, además, el capítulo respectivo del tomo 3, dirigido por Alejandra Laera, de la *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Noé Jitrik (Buenos Aires, Emecé, 2010). El capítulo de Batticuore se titula “Libros, bibliotecas y lectores en las encrucijadas del progreso”.

trabajos de Carmen Elisa Acosta Peñaloza (Universidad Nacional de Colombia), Márcia Abreu (Universidade Estadual de Campinas), Mirla Alcibíades (Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos), Pablo Rocca (Universidad de la República) y Grínor Rojo (Universidad de Chile).²³

4) Sobre la actualidad de los debates políticos e institucionales sobre la lectura, resulta de mucho interés el libro de Anne-Marie Chartier y Jean Hérbrard *La lectura de un siglo a otro. Discursos sobre la lectura (1980-2000)* (Barcelona, Gedisa, 2002);²⁴ y, en el campo de la teoría de la lectura, hay que mencionar el libro, original y provocativo, de Karin Littau *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía* (Buenos Aires, Manantial, 2008).

6. Una conclusión provisoria

Como es sabido, el llamado *boom* de la narrativa latinoamericana representó un excepcional e inédito momento de internacionalización de la literatura de nuestro continente, y como todo hecho excepcional, pronto estuvo sujeto a no pocas controversias. Por un lado, hubo quienes sostuvieron que el *boom* fue una concurrencia de notables escritores que encontraron un público fiel; ese hecho arrastró el interés de editores y, en consecuencia, logró sorprendentes niveles de venta. Por otro, quienes no pusieron en duda la calidad de los escritores, pero sospecharon tempranamente que el *boom* había sido el resultado de una astuta maniobra editorial con sede, principalmente, en Barcelona. En este sentido, es conocida la frase de Julio Cortázar:

... todos los que por resentimiento literario (que son muchos) o por una visión con anteojeras de la política de izquierda, califican al *boom* de maniobra editorial, olvidan que el *boom* (ya me estoy empezando a cansar de repetirlo) no lo hicieron los editores, sino los lectores (en Rama 1984: 61).

Estoy planteando un “caso” muy conocido con la intención de reflexionar sobre algunas cuestiones de método. Parece evidente que las políticas editoriales no *determinan* las decisiones de los lectores; ni tampoco, inversamente, son los lectores los que *determinan* las decisiones que toman los editores. Sabemos que hay editores que publican libros para un público que existe, sin pretender correr ningún riesgo; y hay otros que sí arriesgan capital económico (y a menudo simbólico) en busca de un lector que aún no existe. Si esto es así, es probable que la controversia respecto del *boom* no tenga una solución unidireccional, y que ambos, la astucia de los editores y la emergencia de un nuevo público interesado en esa literatura, hayan coexistido. En consecuencia, ¿quién dará una respuesta más adecuada a ese fenómeno: una historia de la edición o una historia de la lectura? Seguramente, ambas recortarán objetos diversos y adoptarán perspectivas diferentes, y no hay, en este sentido, razones teóricas que den prioridad a una sobre la otra. En suma: que la derivación desde una historia de la edición hacia una historia de la lectura —en Chartier, en Darnton y en otros— pudo estar motivada, según vimos, por razones de contexto, interés u oportunidad, pero no es posible afirmar que existan, entre una y otra, relaciones de inclusión o de implicancia. Así, la

²³ El *dossier* completo en: www.orbistertius.unlp.edu.ar/numeros/numero-18/dossier/dossier-completo

He podido consultar un temprano aporte publicado por El Colegio de México en 1997 (y citado por Zanetti): V. A. (1997). *Historia de la lectura en México. Seminario de Historia de la Educación en México*. Sobre este libro podemos decir algo similar a lo afirmado respecto del de Cucuzza/Spregelburd.

²⁴ El libro fue publicado en francés en 2000 y es una continuación de *Discursos sobre la lectura (1880-1980)* (Barcelona, Gedisa, 1994).

controversia teórica no se resolverá —no podrá resolverse— en ese campo, sino en el estudio específico de casos. Tal vez el “estado de la cuestión” aquí planteado colabore en los debates futuros sobre estos problemas.

BIBLIOGRAFÍA

CAVALLO, Guglielmo y Roger Chartier (dir.) (2011). *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus.

CHARTIER, Roger (1994). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza.

CUCUZZA, Héctor R. (dir.) y Roberta P. Spregelburd (codir.) (2012). *Historia de la lectura en la Argentina. Del catecismo colonial a las netbooks estatales*, Buenos Aires, Editoras del Calderón.

DARNTON, Robert (2003). “Historia de la lectura”. Burke, Peter (ed.), *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza, pp. 189-220.

DARNTON, Robert (2010). “¿Cuál es la historia de los libros?”. *Las razones del libro. Futuro, presente, pasado*, Madrid, Trama editorial, pp. 177-204.

DE DIEGO, José Luis (dir.) (2006). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

INFANTES, Víctor; François López y Jean-François Botrel (dir.) (2003). *Historia de la edición y de la lectura en España (1472-1914)*, Madrid, Fundación Sánchez Ruipérez.

LYONS, Martyn (2012). *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental*, Buenos Aires, Editoras del Calderón.

MANGUEL, Alberto (2011). *Una historia de la lectura*, Oaxaca, Almadía.

MARTÍNEZ Martín, Jesús A. (dir.) (2001). *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons.

PARADA, Alejandro E. (2012). *El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, UBA.

RAMA, Ángel (1984). “El ‘boom’ en perspectiva”. Rama Ángel (ed.), *Más allá del boom: literatura y mercado*, Buenos Aires, Folios, pp. 51-110.